

lo es también mía, la madre eternamente viva : la Patria ausente. Y que me hubiera sonreído.

Adios, madre. Ya contaré algún día á los míos que te he visto sentada, buena y hermosa como siempre, en un sepulcro de Roma, al lado de los despojos de un niño que fué bueno, que fué también candoroso, y que salió de su tierra y no volvió.

NAPOLIS

Vamos á Nápoles.

El tren corre por la llanura del *Agro romano*. Se ven, de vez en cuando, las series de arcos de antiguos acueductos que parecen recuerdos que van por el campo solitario ; bueyes blancos y de largos cuernos alzan la cabeza y miran el tren que pasa. Se oyen pronunciar nombres melodiosos de lugares, nombres que vienen de muy lejos, trayéndonos versos de Virgilio y de Horacio.

Roma va quedando allá en el horizonte. Miro hacia ella largamente.

Parece envuelta en varios chales horizontales de niebla de un color azul violeta : son la respiración de los pequeños valles que están entre las siete colinas.

Sobre el contorno de la última de estas, y teniendo por fondo los Apeninos, que parecen una nube, se proyecta oscura y vigorosa sobre el cielo la silueta de la cúpula de San Pedro.

La niebla que envuelve á la ciudad borra á esta por completo con azul. Sólo se ve con precisión la

redondez de la gran cúpula, como si estuviera en una loma desierta envuelta en vapor.

Las montañas del fondo lejano se diluyen, arriba, en el cielo. El cielo entra, por debajo de la cúpula, á sumergirse en los vapores del valle confundiendo con ellos.

Solo, surge, pués, la cúpula, enérgica, perfectamente dibujada entre el cielo y la tierra. Podría tomarse con una máquina fotográfica, y se obtendría con toda nitidez su maravillosa forma.

Eso es Roma : es San Pedro.

Con él, es la capital del mundo; el punto de intersección entre el cielo y la tierra.

Sin él. mirala allá en el horizonte : es un girón de niebla que envuelve las colinas del Lacio. Es un recuerdo azul.

Las diez y media de la noche. Hemos llegado á Nápoles.

Desembarque de noche y al azar en una ciudad desconocida : los viajeros que salen del tren como si salieran de una derrota y corren, con las maletas en las manos y los pescuezos estirados, buscando la puerta de salida, como si también ésta estuviera de viaje y se les fuera á escapar; los guardias impasibles que contestan con señas ó con monosílabos; algun individuo de la localidad que espera viajeros y recorre el tren asomándose á las ventanillas con una sonrisa y un abrazo preparados para el momento en que encuentre al que es-

pera; miembros de una familia que se buscan mutuamente, y agrupan sus pequeños bultos, y los cuentan, y hablan todos juntos, de modo á no oirse ni entenderse; campanadas, chirridos de fritura en la locomotora; carros de mano que ruedan; portazos de las portezuelas del tren.

Hay vértigo por salir de la estación iluminada.

Cuando se deja ésta, la ciudad parece siempre lóbrega y triste; las luces del alumbrado se ofrecen aisladas y amarillentas; las tinieblas silenciosas.

Uno quiere, sin embargo, comenzar, sin pérdida de tiempo, á conocer la nueva ciudad á que llega : tropezar con la torre inclinada si llega á Pisa, con el Vesubio si llega á Nápoles, con el gran turco si llega á Constantinopla; encontrarlos á la vuelta de la primera esquina. Saca uno la cabeza por la ventanilla del coche, para ver hileras de luces que corren y pestañean ó se reflejan en el agua negra de no se sabe qué; escaparates que se van, plazas que resbalan, gentes que caminan. Todo pasa hundido en la obscuridad del aire; todo es raro y fugaz, como un cuento fantástico.

Como uno anda con el vértigo del viaje y la excitación de la novedad, encuentra siempre impasible y fría, y apática á la nueva gente que se ve : al cochero, á los porteros, al administrador del hotel que lo recibe á uno tan tranquilo, sentado en su pupitre. Uno no concibe que haya gente que no esté de viaje; que no esté apurada.

Estos benditos cocheros napolitanos tienen, por

otra parte, la costumbre de azuzar su caballo con un grito, mezcla de ahullido y de graznido endiablado, que me parecía siniestro en medio de las largas calles oscuras y silenciosas por que atravesábamos. Me parecía que no llegaba nunca. Tuve que reñir con él, no sé si con razón. Me inclino á creer que sin ella.

¿Quién no se irrita, por otra parte, al oír hablar el italiano al pueblo de Nápoles? Yo, que vengo encantado de oír flotar en el aire la melodía de esa hermosísima lengua, no me conformo con verla estropearla.

— ¿Cómo se llama esta calle? preguntaba hace un momento á mi cochero.

— Via GARACH, me contesta maullando. Resultó que se llamaba via *Caracciolo*.

Es verdad que, para oír lenguas hermosas echadas á perder, no tenemos necesidad de alejarnos mucho de nuestra España. Imaginate un extranjero que haya estudiado nuestra lengua y que, al preguntar en Madrid, por ejemplo, por una dirección, le contesten: Vaya V. *po el prao*.

¿Comprenderá ese extranjero que ese ladrido quiere decir *por el prado*?

Y sin embargo es muy posible que esa contestación, ¡y tantas otras por el estilo! se la diera, no un chulo, sino un hombre culto, acaso un académico.

¿Por qué tendremos, Señor, esa tendencia á echar á perder las lenguas?

Es curioso observar que el hombre, á medida que

va hablando mal, se va aproximando más á los animales; á medida que deja de articular bien su lengua, la va descoyuntando, arrancándole los nervios y hasta extrayéndole los huesos; la deja descuajaringada; iba á decir gelatinosa. El hombre acaba por maullar ó ladrar. Y todo por una especie de indolencia ó desdén que se agrava con el clima, con la latitud.

Po el prao es un ladrido; *Via Garach* un maullido.

Recuerdo que oí una vez en Chile una especie de discurso ó mensaje pronunciado por un cacique indio en lengua araucana: parecía un pavo que hacia sus gárgaras.

Hermoso día.

Mira á Nápoles desde el corso *Vittorio Emanuele*, es decir, desde el centro de la herradura que forma su espléndido golfo y á la altura media entre el nivel de éste y la cumbre de los montes que lo circundan.

La luz meridional se difunde por el aire en aureolas como una gloria. Las hojas de los árboles, aún las más amplias, parecen retoños transparentes.

A nuestros pies se extiende la ciudad, no en colinas altas, sino en un llano que circunda el golfo azul, á poca altura sobre el nivel de éste. Veo desde aquí los millares de techos de las casas que parecen apretadas, amontonadas, las redondeces

de algunas cúpulas color pizarra, las manchas verdes de arbolados cuyas copas asoman entre los tejados; todo en un plano horizontal extenso: es el aspecto general de las ciudades europeas vistas de arriba, terrosas ó rojizas. Frente á mi, del otro lado de la gran bahía, se elevan dos picos volcánicos casi iguales. Sobre la punta del de la derecha, se levanta como una palmera de humo que ahora es casi transparente, una cinta que sube, ondula, y se enrolla en el aire.

La montaña en cuyo centro me encuentro, se prolonga hacia allá recortada sobre el cielo azul; en sus faldas, y á orillas del agua, blanquean los suburbios de Nápoles, y las casas de Portici, Resina, Torre del Greco, Torre Anunziata; y Castellamare allá en la punta, en la misma vertiente del Vesubio.

Pero éste no ocupa el extremo del golfo; por detrás de esa punta de primer término asoma y se adelanta otra cadena de montañas en cuya falda blanquean entre las nieblas, Sorrento, Salerno y, por fin, Capri, allá á lo lejos.

Es un espectáculo amplio y magnífico, una columna de recuerdos, que miro largamente con la cabeza apoyada en la mano y recostado en un antiguo parapeto.

Han comparado este cuadro con el que ofrece nuestro Montevideo. No es exacto.

No hay ninguna analogía.

Nápoles y Montevideo tienen mucha luz; pero son dos luces diferentes. La de Montevideo es casi blanca, muy fresca; la de Nápoles es amarilla y

cálida. Montevideo es todo blancura; surge del mar en primer término, como si fuera una piedra cincepada. Por la mañana, brota de la claridad de la aurora fresco, impregnado del agua salada, como si el alba fuera la irradiación de la blanca ciudad. El cerro que termina su pequeño golfo, despierta conjuntamente con la ciudad, y el agua color de esmeralda refleja la luz desde el primer rayo. Por la noche todo se duerme al mismo tiempo: se ennegrece el agua porque se apaga el cielo; y las estrellas y las luces de la ciudad comienzan juntas á brillar y caer sobre el mar tranquilo en chorros de luz trémula, hundidas en su esmalte negro. Montevideo es el tipo de la sencillez, de la ingenuidad en la belleza natural: se traza con una línea, se anima con un tono. Los sentidos descansan allí y los pulmones respiran con libertad, como si se viera el origen sano de todos y cada uno de los átomos de aire que llegan á ellos.

Nápoles es mucho más extenso, más complejo. Su luz es brillante, de raza meridional; pero parece antigua, algo cansada. Si pudiera concebirse una luz nebulosa yo la encontraría aquí, como encontraría una frescura caliente en las aguas azules de este hermosísimo golfo, si esas frescuras existieran.

Nápoles parece tendida muellemente desde hace tiempo á orillas del golfo. Montevideo está de pié, acaba de posarse allí donde está.

Habla Nápoles á la imaginación, y se oyen leyendas que brotan de todas partes: de Sorrento, de

Portici, de Capri, de Castellamare; leyendas que brotan de los recodos de la costa, de la isla lejana frangeada de espuma blanca, de la punta de tierra de nombre melodioso que sale allá á lo lejos. Estoy sintiendo sonar esas leyendas en mi imaginación, entre cadencias de remos y suspiros de Gracielas. Este ambiente derrama languidez en la sangre, despierta recuerdos vestidos de clámide griega, inspira idilios y barcarolas. Nápoles es un rumor que puebla la niebla azul.

Montevideo... ¡Oh, Montevideo! Lo estoy sintiendo con mucha intensidad en mi alma en este momento: es un grito balbuciente de gloria en el mar. Inspira el canto heroico; la estrofa transparente y dura y llena de luz, cristalizada en el alma; el canto al porvenir lleno de la altivez inconsciente del héroe niño.

Siento pasar su recuerdo querido por mi imaginación, como una ráfaga de luz, y tengo que apagarlo en mi memoria para no debilitar, con esa luz que viene de adentro, la que me envía á los ojos en este momento uno de los cielos mas hermosos de la hermosísima Italia.

NAPOLIS

Bien: regresemos á Nápoles directamente, dije al cochero. Estaba cansado de nuestra larga excursión á *Pozzuola*, á la gruta del Perro, al lago de Agnano á las sulfataras, y era tarde. Llegamos de noche á la ciudad.

Y regresábamos á buen trote de los caballos. Hermosa tarde.

Pero, un poco antes de terminar la jornada, dice el cochero sin detener el paso; El Pausilipo; La tumba de Virgilio!

¿Quién puede viajar de prisa en esta privilegiada tierra? Las palabras melodiosas flotan y llaman por todas partes.

— ¡Pára, cochero! ¿Es ese cerro el Pausilipo? ¿Dónde está la tumba de Virgilio?

Yo no dejo de subir al Pausilipo. Es precisamente la hora de hacerlo, pues no se ve bien. No dejo de visitar la tumba de Virgilio.

¿Por qué? Hé ahí el problema.

Porque si Virgilio es melodía, es un toque de *Angelus* al amanecer. De niños pronunciamos su nombre sin conocerlo, aprendimos sus versos sin entenderlos.

Hoy ese nombre es una especie de palabra cabalística: queda vibrando en el oído como el eco de una voz que nos llama desde lejos, acaso desde otro mundo bueno.

Una pequeña puerta de madera, que abre un chiquillo, da entrada á una empinada escalerilla de piedra tosca y húmeda, escavada en el cerro. Se trepa después por senderos estrechos, abiertos en éste, ya al borde mismo de la cortadura, ya más adentro, en el fondo de pequeños desmontes, en cuyas paredes de tierra cortada, se retuercen las raíces de los arbolillos que pueblan la pequeña capa de tierra vegetal del monte.

Yo no sé hasta dónde subí, jadeante, por aquellos atajos húmedos é incómodos, sintiendo á veces el vértigo, casi sin fuerzas ni intención de observar, y mucho menos de gozar. Pero era necesario llegar á la tumba de Virgilio.

Aquí está, por fin. Es un antiguo *columbarium* romano, monumento fúnebre en que se conservaban las urnas cinerarias; una especie de gran horno de ladrillos, en cuyo interior nos introducimos, agachándonos, para ver á media luz, en el suelo polvoroso, unas piedras, una inscripción, que no leo, unos escombros... ¡nada!

Pero, auténtica ó apócrifa, es esta la tumba de Virgilio; aquí se pronuncia su nombre, y este monte es el melodioso Pausilipo.

Y allá abajo, al través de los arbustos que rodean el sepulcro, se ve á Nápoles á orillas de su golfo. La tarde comienza á desnudar á la ciudad de sus galas del día; le va quitando sus ropas multicolores, dejando sólo en su lugar una mancha blanquecina. Parece que aquélla va quedando envuelta sólo en sus ropas de dormir, tendida junto al agua, á la luz de las estrellas.

El Vesubio, allá del otro lado, la mira acostarse serio, inmóvil, con los ojos medio cerrados y la cabeza humeante. ¡El negro Vesubio!

El humo revuelto del cráter no sube; cae más bien hacia abajo, como una crespá cabellera desgreñada.

— ¿Has hecho la oración de la noche? decía el moro de Shakespeare á la dulce Desdémón que se desnudaba pálida como el alabastro del sepulcro, y alumbrada por la luz de la lámpara.

Ella cantaba la canción del sauce, del árbol de las silenciosas orillas. ¡El negro Vesubio!

Casi no veo nada en lo que llaman tumba de Virgilio. Es esa hora de la tarde que parece mas oscura aún que las horas de la noche. La noche oculta los objetos; pero la media tinta crepuscular los disfrazá, los hace otra cosa: tiemblan, suben y bajan, desaparecen y vuelven á asomar transfor-

mados desde el fondo de si mismos, mirándonos como si fueran seres raros.

Esta tumba será más ó menos auténtica; aquí estarán ó nó las cenizas de Virgilio; pero él amaba con predilección esta tierra de Campania, y yo pienso en él; siento pasar su sombra blanca envuelta en los pliegues de su clámide greco-romana, y con su corona de mirto en la cabeza. ¡Salve, oh poeta, habitador del aire de las tardes que parecen auroras, porque la noche es el día de los muertos!

La idea que todos tenemos de Virgilio se ha ido formando paulatinamente en nuestro espíritu como una estrella. Comienza en una nebulosa blanca, ténue como una nube: en los versos idílicos latinos que aprendimos de niños, sin entenderlos, y que traducíamos, palabra por la palabra, poniendo números en ellos para ordenar la oración. Recuerdo mis libros viejos; ¿qué se habrán hecho? Permanece así ese nombre mucho tiempo en nuestra alma, sin avivar su luz, hasta que nuestro ambiente literario va adquiriendo oxígeno: la nebulosa de la niñez comienza á condensarse, á brillar, á convertirse en astro.

La crítica elevada nos descubre el horizonte, y vemos entonces brillar en él, allá en un extremo, solitaria y pálida, la estrella de Virgilio, como una mirada amiga.

Y amamos al poeta de la *Eneida*, tanto como al de las *Geórgicas*. Y el misterio de la egloga IV nos hace un misterio del poeta.

Virgilio, que se levanta en la aurora de la era cristiana, en el mundo romano, después de los triunfos de Augusto, es el intérprete de una ansia de paz idílica que entonces sintió la tierra, y que parece el rayo precursor de la aurora de paz del alma que ya rayaba en Palestina. Me recuerda una de esas claridades de luna que, antes del amanecer, nos parecen el alba, y después de las cuales vuelve de nuevo la noche azulada en que se diluyen las estrellas y que de veras precede al día.

Las estrofas pastorales de Virgilio hacen algo más respirable para los niños la atmósfera romana en que cantaba Ovidio y el mismo Horacio. Canta el poeta, y, poco después, nace un niño en Belén.

La sombra y los cantos de Virgilio no huyeron al aparecer la aurora del pesebre: parece que tímidamente se acercaban á él detrás de los pastores llamados por los ángeles.

Es que el poeta era piadoso y casto.

Dante, el austero poeta del amor puro, no rehuye el ser guiado por él hasta el mismo linde de la eternal pureza infranqueable para el dulce y armonioso pagano; pero éste, al aparecer Beatriz, la diáfana bienaventurada, desaparece como luz que en luz mayor se disipa.

Dante lo busca entonces; lo busca como el niño busca á su madre cuando tiene miedo:

*Col quale il fantolin corre a la mamma
Quando ha paura.*

Lo necesita para decirle que, como el mismo Virgilio lo había sentido, siente él de nuevo el amor en su alma casi con terror :

*Conosco i segni dell' antica fiamma.
Agnosco veteris, vestigia flammæ.*

Pero Virgilio lo ha dejado. Dante llora entonces su ausencia amargamente. ¡Llora á las puertas del Paraíso!

Lloró el Dante la belleza que se iba en el poeta ; la belleza que él identificaba con la frase rítmica del dulce verso virgiliano. ¿Cómo ver á Beatriz sin Virgilio, si Virgilio no era otra cosa, en el alma del bardo florentino, que la emanación rítmica de Beatriz, de la belleza, del amor?

¡La belleza! ¡La frase numerosa! ¡El ritmo! ¡El poeta! ¡El arte!

¿Qué es eso que circunda la sombra de Virgilio, y que he sentido pasar por el aire en la tarde del Pausilipo?

Yo no sé cómo explicarme, y mucho menos cómo definir, la noción de esa belleza abstracta, hermana de la verdad y del bien, que cuaja en estrofas como se cristalizan los cuerpos en transparentes figuras geométricas; que se inocular en el ritmo como el alma en el cuerpo á que substancialmente se une. Pero, en la necesidad de reducir á formas sensibles lo que los escolásticos llaman *entes de razón*, yo quiero imaginarme un

espacio entre los mundos en que está aquello que Gæthe llama *las madres*, en el vagar fantástico de Fausto arrebatado por el espíritu : un espacio en que existe la línea perfecta, tenuísima, pura, casi sin extensión; el color recién nacido, primer estremecimiento de la luz acabada de brotar en la sombra del principio ; el sonido virgen que se difundió en la infinita transparencia; las formas y los ritmos prístinos que fueron el molde del primer hombre y la primera mujer desnudos y el eco de su primer palabra de amor. De allí acaso salieron la estatua griega con la noble castidad de su desnudez, la tinta que derramó Murillo en torno de sus cabezas angélicas, la estrofa transparente que se desprende del alma sin dolor, aunque sea dolorosa, como se desprenden las lágrimas.

Nosotros tenemos *idea de lo perfecto*, y esa idea no puede venirnos ni de nosotros mismos ni de la naturaleza. Tiene, pues, que provenir de un Ser perfecto en sí mismo, cuyo reflejo en el hombre se llama *belleza*.

A ese foco ha ido, y va é irá siempre también á parar todo lo inmaculado que pasa sin historia por nuestro mundo: suspiros que el hombre no comprende, lágrimas ahogadas en secreto, anhelos de pueblos mártires, ayes de razas extinguidas, quejidos de expiación no escuchados. Allá va el amor puro; el puro ideal de patria, emanación del alma de los verdaderos héroes; la esencia de sacrificio y de martirio que allá se concentra después de desprenderse de la lágrima de una madre, que quedó seca

en los ojos; de la gota de sangre de un soldado, gota que, al evaporarse, agrietó la herida; de la oración de un santo que redimió una ciudad maldita; del quejido de un niño huérfano; del grito, perdido en el mar, de un pescador náufrago.

Todo eso no tiene nombre, pero es ritmo, armonía, armonía suprema como la de los mundos.

El poeta es el único á quien es dado asomarse en sueños á esa región, y descender y hablarnos de ella. Y, al proponerse contar lo que allí se ve, tiene que hacer palpable lo que no se toca, inteligible lo confuso, limitado lo inmenso, sensible lo que no tiene forma. Entonces canta; canta con palabras que buscan instintivamente el ritmo; que se abrazan en él, para ser algo más que palabras; que vibran reproduciendo otras vibraciones sin nombre; que se agrupan al rededor de núcleos misteriosos, y forman las estrofas que se engranan entre sí como collares de urnas cadenciosas.

Entonces el sonido es idea que no ha cabido en la palabra, y flota en torno de ella y se difunde en el verso y compenetra la estrofa; ésta palpita como un organismo vivo, con prescindencia del sentido propio de las palabras que la formaron. El sonido es entonces recuerdo, es mensaje, es latido del corazón de la belleza muda, inmóvil, impasible.

Es que allá, en el gran foco, no hay idea sin ritmo, sonido sin alma, color sin vibración melódica, línea sin color; y, al traerse á la tierra uno de esos elementos de belleza, lo siguen, más ó menos de cerca, sus hermanos, como la cauda lu-

minosa á la estrella errante. La palabra canta, la melodía piensa, el color y la línea palpitan. El verso y la estrofa toman forma, cuajan en el alma junto con el pensamiento y la imagen; son una misma cosa. Separarlos es separar el alma del cuerpo: es la muerte.

No se exija, pues, al poeta que hable como los hombres; no se espere de él la reproducción de lo que ven y sienten y piensan los demás. Él viene precisamente á decirnos lo que aún no se ha oído; él, con un verbo nuevo, hace un desgarrón en el velo sagrado que cubre el misterio; con un adjetivo melodioso y extraño agujerea la bóveda negra que nos oculta la luz, y deja allí una nueva estrella que nos revela la existencia de otros sistemas siderales.

Pero para ver el astro nuevo, es necesario alzar la cabeza; para reflejar su luz, es necesario tener algún brillo siquiera, aunque sea de lágrimas, en los ojos.

Algo de todo esto dice la tumba de Virgilio al visitante del Pausilipo, pues algo de todo eso siento resonar en mi espíritu al venir de ella. Sugiere nociones claras de lo vago, hace entrever la noción precisa de belleza ideal, presentándola como una nostalgia del Paraíso, como el recuerdo de la belleza absoluta de que un día tuvo el hombre la intuición.

Ese fenómeno que hoy llaman atavismo, y según el cual resucita, en un niño que nace, el tipo de un

antepasado perdido entre cien generaciones; brotan unos ojos azules que han estado muchos años ocultos en el fondo de series de ojos negros; surge un genio que ha estado escondido en varias generaciones de seres vulgares, acaso tenga su misteriosa verdad. Si ese atavismo existe, ¿no podría considerarse una de sus manifestaciones la aparición, de tiempo en tiempo, de un poeta, de una obra genial que realiza, sin saberse por qué, la belleza ideal? ¿No será eso la fugitiva reaparición en la tierra del hombre primero al través de las generaciones; la reaparición del hombre que supo, porque vió la tierra inocente recién nacida, lo que es belleza de la tierra, color puro, línea perfecta, sonido melodioso, armonía palpitante?

Yo me imagino al hombre en la vida, como un árbol que, á orillas de un lago que refleja la infinita transparencia azul, vive entre dos cielos. A su espalda, en su recuerdo, está un paraíso que perdió, vago como un reflejo; á su frente el cielo á que aspira, el que está en su anhelo, en su eterno anhelo de felicidad jamás alcanzada en la tierra.

Todo eso es confuso, ¿quién lo duda? Pero por eso la belleza no se imita, no se expresa siquiera: se sugiere. Una frase casi sin sentido suele ser á veces más que un poema. Creo que es Pasteur el que ha dicho que el hombre que no tuviera más que ideas claras, sería seguramente un tonto.

¡Hermosa tarde del Pausilipo junto á la tumba de Virgilio!

Númen, genio, musa, inspiración, todas esas pa-

labras de que el mundo se ha valido y se vale para expresar el fenómeno de la creación en la mente humana, todas significan influencia en el hombre de un ser superior al hombre mismo; rielar de una luz extraña sobre el cerebro humano en el que despierta resplandores.

Los griegos, intuitivos creadores de la soberana belleza plástica, nos han legado la palabra que expresa todo eso: *entusiasmo: en theos*: un Dios interior.

¿Es éste, ó es simplemente un diablillo inquieto y mal aconsejado el que me ha estado dictando, dentro de mi, todo esto que te escribo, sin ton ni son, en esta volcánica tierra de Campania?

No lo se á ciencia cierta; pero ha salido de la tumba de Virgilio; ha sido aspirado en la atmósfera crepuscular que la envuelve. Es Virgilio en mí.